



EL PERON DE ENTRECASA

Cae el sol de primavera sobre las Islas Canarias; ya concluye mayo. Dos mujeres desembarcan de un yate. Una, baja, gorda, con pelo hirsuto; el ancho y largo vestido oscuro, con vivos blancos, apenas libera dos piernas bien torneadas. Es doña Pilar Franco Bahamonde, hermana del generalísimo. A su lado, prestándole su antebrazo para que la anciana se tome, algo más alta, con el pelo batido, enfundada en un *deux pieces* blanco, con bolso al hombro, rostro ovalado, silueta común, María Estela Isabelita Martínez de Perón

Las acompaña un periodista joven, convencido de que ellas son los personajes más importantes con que topó en su carrera. José Vera Suárez es reportero de *La Provincia*, un periódico de Las Palmas. Le han encomendado una nota a la tercera esposa del hombre que gobernó a la Argentina desde 1946 hasta 1955. José siente la responsabilidad; está nervioso; colma de atenciones y galanterías a las damas. Sabe que la *interview* ha de ser suave, casi rosada, si de él depende. Trata de soslayar cual-

quier tentación comprometedor. Piensa: "Son dos mujeres extraordinarias". Isabelita adivina sus atenciones mentales: "Recuerdo que, cuando usted entrevistó a doña Pilar, en el barco, el día de mi llegada, me observaba detenidamente. Por eso me quité las gafas y le sonreí". Vera Suárez escucha esa confesión y comienza a navegar en un mar de algodones. Este será su reportaje consagratorio. Toma su pluma, el anotador, despliega su imaginación rosada para la nota próxima y comienza, mientras los tres arrastran un ocio en blanco, por la avenida de las Canteras.

"Alguien escribió, a la llegada de doña María Estela Martínez de Perón, que era una mujer muy tímida. Yo no coincidí con esa afirmación. Dije, y me reafirmo, que es guapa, elegante y con una gran personalidad. El asistir silenciosa a la conversación que sostuvimos con doña Pilar Franco Bahamonde, viuda de Jaraiz, a bordo del *ferry*, era el síntoma más claro de su gran prudencia y arrolladora personalidad. Ahora que nos sentamos a esta

mesa, para tomar un refresco, le haré las preguntas", prologa Vera Suárez.

—Creo que la mujer que siempre ha estado al lado de Perón, ayudándole en los momentos más difíciles, tiene una gran personalidad. ¿Estoy equivocado o, en el fondo, se considera usted una mujer tímida?

—*Si a la prudencia se le llama timidez, entonces sí que soy tímida. Pero no quiero hablar de mí. Me siento tan feliz en Las Palmas, y me llevaré unos recuerdos tan gratos, que me hubiese gustado haberlos compartido con mi esposo, para que pudiera ver, personalmente, las pruebas de afecto que me han dado los canarios; todos, sin excepción.*

—Doña Pilar dice que usted llevaría, para su chalecito en Puerta de Hierro, todas las flores y semillas de las plantas canarias, para cultivarlas en su jardín.

—*Hay una flor que es muy parecida a la azucena, pero con pinceladas rojas: es preciosa. Una amiga me ha regalado cuatro bulbos. También me lle-*

vo una flor que se cultiva en el Teide y, según me han dicho, es única en el mundo. De ésta, llevo semillas para obtener seiscientas plantas.

—¿No teme que el frío de Madrid las marchite?

—A pesar del clima de Puerta de Hierro, haré lo posible por tener más flores canarias en el jardín.

—¿Lo cuida usted?

—Me encanta trabajar en el jardín. Tengo mis rosas, que trato con mucho cariño. Todo lo que se cuida con cariño da grandes frutos. Tengo ansias de saber cada día más. ¡Cada día que pasa me doy cuenta de que sé tan poco! Ese conocimiento lo buscó en la naturaleza. Es la auténtica fuente del saber.

José Vera Suárez no puede dejar de intuir: "Son palabras que definen un espíritu refinado, y van imbuidas de filosofía. También, cargadas de sencillez. Mientras paseaba por la orilla de la playa, llamó a un perrillo vagabundo que por allí andaba haciendo travesuras. El animalito, por ese instinto que tiene y que le permite descubrir la bondad de las personas, se acercó a ella sin dudarlo, moviendo el rabo de alegría. Con su delicada mano acarició la cabeza del perrillo".

—Tengo dos caniches. Uno se llama Puchy y el otro Canela. También tengo, en el jardín, una jaula con doce canarios.

—¿Ha sido un regalo?

—Usted, seguramente, no sabe que yo soy hermana de la Orden de los Padres Mercedarios. Ellos me regalaron un canario. Luego, yo compré una canarita —¿se dice así?— y por eso tengo tantos pajarillos. Aparte de los canarios, hay dos jilgueros.

—¿Es cierto que don Juan Perón y usted tienen la costumbre de pasear, muy de mañana, todos los días?

—A veces salimos temprano, sobre las 9 de la mañana, y empezamos a caminar. Hemos llegado, inclusive, a recorrer 10 kilómetros. Normalmente, hacemos unos 5 kilómetros por día. Ya sabe usted que es muy cierto aquello de mente sana en cuerpo sano.

—¿De qué hablan, durante los paseos?

—Se habla de muchas cosas. Se hacen muchos proyectos e, inclusive, se pueden contemplar muchísimos detalles.

—Tiene usted fama, señora, de ser una persona muy hogareña.

—Me gusta el hogar y leer.

—¿Qué clase de libros?

—Leo de todo un poco: de acuerdo con el estado de mi espíritu.

—¿Cómo ve usted el matrimonio?

—Para mí, es compañerismo, amistad y abnegación.

SIEMPRE JUNTOS

Allí, doña Pilar cree necesario meter una haza: "Muchas veces, cuando llamo a Isabelita, me dice que no puede salir.

¡No quiero decirle el lío que me cuesta sacarla de casa para llevarla al teatro, sin que la acompañe su esposo! Siempre le agrada estar junto a él. Respecto a su personalidad de ella, en verdad es la perfección". Vera Suárez rebosa de júbilo: el diálogo es tan suave e intrascendente; nadie podrá objetar una sola coma. Hasta puede que doña Pilar —si él se esmera en la redacción— lo recomiende para un ascenso. Ha prometido a Isabelita no incursionar en temas políticos. ¡Ay!, pero qué ganas...

—¿Qué hace en casa usted, aparte de leer?

—En el hogar trabajo mucho. Soy una especie de secretaria que le ofrece una ayuda a su esposo. Llevo mi casa y despacho la correspondencia. También toco el piano: es algo que me gusta mucho.

—¿Cómo definiría usted a su esposo?

—Es una persona maravillosa y pro-



"Caminamos 5 kilómetros por día."

fundamente humana. Abarca, en su interior, todo lo que puede encerrar un alma noble.

Es el instante adecuado para que el reportero dé un toque intimista, de incondicional adhesión. Con la seguridad de tintinear en las fibras más profundas, memora: "En 1959, vi un día a don Juan Perón en Madrid, paseando por la calle de Martínez Campos. La impresión que de él recogí fue inmejorable: alto, fuerte, amable, sonreía mientras dialogaba despreocupadamente con un amigo. Comprendí que la única pena que podía sentir era la de hallarse lejos de su patria, pero jamás ningún temor". De inmediato, el representante de *La Provincia* regresa al dulce juego de las preguntas y respuestas:

—Tengo entendido que don Juan Perón ha ayudado a muchos compatriotas suyos, en Madrid. Que se desvive por solucionar cualquier problema que les afecte. ¿Es eso cierto?

—Nosotros consideramos a todos los argentinos como una gran familia nuestra y, por lo tanto, tenemos la obligación de ayudarles. Siempre que puede, está dispuesto a hacerlo con todo aquel que lo necesite.

Doña Pilar acota que, paseando por la calle Albareda, ambas dieron con un grupo de argentinos. Los compatriotas rodearon a la mujer del ex general expresándole su condición de peronistas. "Por favor —la interrumpe, pudorosa, Isabelita—; no sé si estará bien poner eso. Entra un poco dentro del tema político." El periodista ve un leve nubarrón, lo avienta: "Pero es la realidad". Isabelita no puede sino asentir, con un leve movimiento de cabeza.

—¿Cuál ha sido el momento más feliz de su vida junto al general?

—Los argentinos somos muy especiales y no nos gusta dar publicidad a algo que sólo nos pertenece.

—¿Qué fue lo que más le llamó la atención en su esposo?

—Su comprensión, simpatía y bondad infinita.

—¿Recuerda cuál es la frase más dulce que le ha dicho?

Antes de transcribir la respuesta, Vera Suárez la prologa con una etérea descripción: "Se mueve en la silla del paseo de las Canteras. Esta pregunta ha rozado su delicada sensibilidad. Vuelve un momento su bello rostro hacia el mar, y ve, al fondo, la silueta del Teide, en una hermosa puesta de sol".

—Nunca olvidaré que, en una reunión, dijo que yo era inmensamente buena.

—Se dice, señora, que, a la hora de tomar decisiones el general Perón, usted juega un importante papel.

—Conversamos como dos buenos amigos. Es él quien toma sus decisiones propias.

—Defíneme a su esposo, dentro del plano de la política.



"Nunca olvidaré que, en una reunión, dijo que yo era inmensamente buena."

Ella no quiere hacerlo. Él insiste, tal vez endemoniado por los gnomos siempre curiosos del periodismo: "Le digo que sólo pretendo ofrecer, a toda España, el concepto que ella tiene de él, como político". Al fin, vence su implacable tenacidad:

—*Ha luchado por un ideal, y quiere lo mejor para su patria.*

Doña Pilar no tiene prejuicios políticos: quizá porque se refiere a un país que no es el suyo. Ella sí hablará sin tapujos: "El general Perón ha sido el único hombre que llevó a la Argentina a su época más esplendorosa". Era el empujoncito que necesitaba el encargado del reportaje, para asediar a *Isabelita* con dos agujones:

—Si le ofrecieran, inesperadamente, un pasaporte, y le pidieran que eligiese el país al que le gustaría viajar, ¿cuál preferiría?

—*Es lógico: la Argentina.*

—¿Sola o acompañada?

—*Depende de las circunstancias.*

RECORDANDO SIN IRA

Vera Suárez quiere hablar de *Evita*, pero le zumba la posibilidad de alterar la placidez del coloquio. Urge una amplia excusa preliminar: "Le ruego que me perdone el comentario que voy a hacerle. Le pido que no lo vea como una incorrección de mi parte: sólo va en ello el amor de un periodista a su profesión".

—*Evita* fue una mujer muy popular en la Argentina: un auténtico idolo. En su situación de esposa de Perón, ¿no teme la sombra de su recuerdo?

—*Jamás. Evita fue una mujer extraordinaria. Tan entrañable para todos nosotros, que en ningún momento se me ocurriría pensar semejante cosa. Como argentina que soy, la quiero. Tengo su foto en mi casa. No sólo en el salón principal, sino también en mi corazón. El marco de plata para esa foto [se refiere a la primera] fue encargado por mí. Todos los días pongo un ramo de flores frescas junto a su foto. No pierdo la ilusión de ofrecerle flores canarias.*

—*Evita* fue una mujer muy importante en la vida y en la carrera del general Perón. ¿Le habrá sustituido usted?

—*El lugar de Evita no lo puede ocupar nadie. Ella se lo merece todo. Hizo mucho en favor de los necesitados.*

Plenamente convencido, el periodista lanzará su parecer —al demonio tanta castración—. Y, con desinhibiciones, habla en voz alta: "En justicia, porque así me lo parece, *Evita* fue la mujer popular, la que arrastró las masas, la que supo ganarse el corazón de los argentinos. Eso tiene su gran mérito, pero... si me apuran, es doblemente meritorio la labor de doña María Estela Martínez de Perón, la actual esposa del general: la que ha estado junto a él en los momentos difíciles; la que ha sido su esposa, su secretaria,

y es probable que, en algunas ocasiones, su acertada consejera. En una palabra [de inmediato, se arrepiente y utiliza más de una], la mujer que ha trabajado silenciosamente, sin saltar a la luz pública, en el anonimato, viviendo y sufriendo las alegrías de su esposo; compartiendo ratos felices y ratos difíciles. Me he dado cuenta de que, mientras le hablaba, una lágrima se le ha escapado a través [el periodista, sutil, ha lanzado una figura literaria] de sus gafas oscuras. Se pasa el dedo, disimuladamente, por la cara, pero no puede evitar el saber que la ha sorprendido en uno de los momentos más delicados de su vida". *Isabelita* se apresura a develar su amor por Perón.

—*Todo lo hago porque le quiero profundamente, y debe ser así. Creo que toda mujer, no yo sola, que quiere a su esposo, debe estar en todos los momentos de su vida, principalmente en los malos. Es un deber de conciencia, de amor, y no puede considerarse como algo extraordinario.*

—¿Habla con él desde Canarias?

—*Todos los días le llamo por teléfono.*

—¿Es usted feliz?

—*Tengo a mi marido, y ésa es la mayor felicidad que ha podido concederme Dios.*

Momento ideal para que doña Pilar, con una pizca de madurez y picardía, agregue: "El general está tonto por ella. Es un hombre humano, comprensivo y lleno de lealtad". El cronista toma buena nota de la frase. Pero él conoce un secretillo de *Isabelita*. Y bien, allí va:

—*Sé que, en algunos momentos libres, gusta usted de escribir.*

—*Son pensamientos. Pequeñas cosas mías.*

—¿Tiene material como para completar un libro?

—*Así es. Con el tiempo lo escribiré.*

—¿Una especie de autobiografía?

—*Quizá sean las horas en la vida de una persona.*

—Por ejemplo, ¿su esposo de usted?

—*¿Y por qué no mi esposo? ¿Quién mejor que yo, que estoy junto a él y le conozco? ¡Qué bonito expresar, en un libro, todos los años vividos al lado de él! Hay muchas cosas que la gente no conoce.*

—¿Una de ellas?

—*Se haría muy larga la narración.*

La charla decae. De cualquier manera, fue extensa. Pero *Isabelita* no acepta despedirse sin un remate que dé cuenta, verbalmente, de sus sentimientos: "Quiero enviar un abrazo muy fuerte a todos los canarios, por ese calor y amor que me han otorgado. No puedo expresarlo en palabras. Estoy muy emocionada y agradecida a todos". Muchos argentinos podrán cerrar los ojos y evocar: alguna vez, una mujer pálida, exaltada, muy cerca de Perón, supo decir cosas tan parecidas... ☹